



RECETA

UTILÍSIMA PARA CURAR LOS MALES QUE PADEGEN LAS
MUGERES MAL CASADAS, Ó QUE TIENEN
LOS MARIDOS MALOS.

Tú, que mal casada eres
porque fue la suerte infausta,
del marido aborrecida,
mal querida, y peor tratada:
tú, que vencerle pretendes,
te vés pobre y desgraciada,
porque es jugador, travieso,
y descuidado de casa:
tú, que creiste vivir
muy alegre y descansada
con el santo matrimonio,
contenta, y bien empleada,
siñ entender que tu esposo
en nada te disgustára.
Atiende los documentos,

que en este te se preparan:
no te aflijas, que consuelos
te ofrece la piedad santa,
como tú con la paciencia
sepas conseguir su gracia.
El primer preparativo,
que has de observar, mal casada,
es amar á tu marido
con tierno cariño y santa
amistad, tan verdadera,
que no le agravies en nada;
no por la concupiscencia,
por el gusto, ni la gala,
ni por su gran gallardía,
ni disposicion bizarra;

sino por el propio amor,
porque así Dios te lo manda.
Cuida mucho de su honor;
no le des pesar en nada;
estímale mas que á ti,
y los disgustos que traiga
cuando de fuera viniere,
borraselos con tu gracia,
que agradarás al Señor,
si te vales de esta traza.
Si contigo se agraviare,
no le repliques palabra,
ni le muestres altivez,
ni pongas ceño en la cara;
no le mires rostrituerta,
ni separes mesa y cama,
porque con solo esta chispa
podrá encenderse la llama.
Sufre y disimula cuerda,
no contradigas lo que habla;
obedece con modestia;
dile muy dulces palabras,
que si del todo enmudeces,
mas que apaciguas, agravias;
y si alguna vez la ira
superáre tu templanza,
por cuyo fatal motivo
te mostráres enojada,
no sea por mucho tiempo
que te vea destemplada;
y en caso que te acaricie,
correspóndele tú grata.
Aunque no tenga razon,
si la cólera le arrastra,
y el enojo le domina,
toda humilde te avasalla,
sin contradecir en cosa
de cuanto á él le agrada;

porque el soplo de un aliento,
no apresure mas la llama,
y unida á su condicion
se abrasaria la casa;
pero cuando amaine el viento,
y la mar se quede en calma,
entra tu como galera
á rendir su intolerancia,
y si para convatir
respondiere con la salva,
no la empieces disparando,
tendrás paciencia, y aguarda
á ver si con otro bordo
le puedes dar la descarga,
que aunque sea mayor buque,
si la municion se acaba,
suele rendirse al instante
á quien la tiene sobrada;
y en tal caso podrá ser,
el que ganes la batalla;
que si él de una vez gastó
toda la pólvora en salva,
cuando quiera acometer,
no podrá, porque le falta.
Nunca del mal tratamiento
te quejes á nadie osada,
á tu padre ni á tu madre,
porque es accion necia y mala;
recurre á tu Confesor,
de quien saldrás consolada,
ò al Confesor de tu esposo
contarás lo que te pasa;
y si fuere necesario
puedes declarar tu instancia
á sus padres, y tus penas
cuéntales subordinada,
suplicándoles rendida
remedien tan fatal causa,

porque si ellos le reprehenden,
los oirá de mejor gana,
que si tus padres lo hicieren,
aunque con dulces palabras,
estimarán tu atencion,
te tendrán por cortesana,
acudirán al remedio,
con que quedes sosegada;
y si no bastare esto,
á Dios recurre postrada,
pídele el útil consuelo;
ofrécete resignada
á padecer por su amor
cuanto daño se prepara.
Si tiene aficion al juego,
si estimare alguna dama,
ò viene de noche tarde,
sin cenar siempre le aguarda;
porque si él se reconoce,
de ti tendrá grande lástima;
y si ya hubieres cenado,
algun regalillo guarda,
que se lo darás humilde
en ocasion moderada.
Recíbele con cariño,
y verás como te ama:
no le des quejas jamas
de que la hacienda mal gasta,
sino procura tener
economía en tu casa,
ahorrando gastos superfluos,
que no sirven para nada.
Dirás bien de él en su ausencia,
y lo malo siempre calla,
que la discrecion consiste
en encubrir lo que agravia.
Así lo ejecutó Libia,
siendo Emperatriz Cesarea,

viendo á su marido Augusto,
que muy divertido andaba,
le hablaba desentendida,
y en su ausencia le alababa;
con cuya accion tan discreta
le volvió á ganar la gracia;
siendo en su voluntad
la mas cuerda y estimada:
admiradas sus amigas
en mil ocasiones varias,
le preguntaron curiosas,
con qué ardid ò con qué traza
pudo vencer á su Cesar?
A que respondió bizarra:
con callar, y hacer su gusto
sin contradecirle an nada.
Con que si una Emperatriz
á su dueño se avasalla,
y para templar su enojo
se vale tambien de trazas;
bien puedes tú que eres menos
prevenir la tolerancia,
y vencerás como Libia,
ganando tambien la gracia.
Uniráste á su querer,
confórmate en cuanto haga,
su opinion será la tuya,
sin replicarle palabra:
si oyores decir mal de él,
responde luego enojada,
defendiendo su derecho,
anhelando su alabanza.
Cuando de casa salieres
alcanzarás de él la gracia,
porque si te ha de menester,
adonde estuvieres vaya.
Díle siempre la verdad,
sin querer encubrir nada;

porque si mentira cuentas,
quizá querrá averiguarla.
Nunca preguntes lo que hace
dentro ni fuera de casa,
porque no es de tu inspeccion
averiguar lo que haga.
Con ningun hombre tendrás
conversaciones livianas,
familiaridad estrecha,
ni otras frecuentes palabras,
aunque tu pariente sea,
y aunque veas que te alaba;
no hables con él en secreto,
ni le des ni tomes nada;
á mirarle no te atrevas
con atencion á la cara;
desprecia con disimulo
sus lisonjeras palabras;
porque tal vez su dulzura
suavizará tu garganta;
no le respondas risueña,
no le atiendas cortesana,
porque el honor es muy frágil,
si la amistad es sobrada;
los zelos son atrevidos,
y el hombre busca con ansia
cuanto le trae la fortuna,
cuanto la pasion le arrastra.
Si supieres con verdad,
que sea de mala fama
la muger con quien paseas,
ó notada de liviana,

aborrece su amistad
sin que llegues á enojarla,
olvidala poco á poco
hasta que en la cuenta caiga,
y la propia accion harás
con las amigas que andas:
corta el hilo á las visitas,
porque destruyen la casa;
la igualdad es muy dañosa
entre las buenas y malas,
y segun con quien te juntes
te adivinarán tus faltas.
Con estos medicamentos
quedarás muy bien curada,
vencerás los imposibles,
darás alivio á tus ansias;
recurre á poner por obra
cuanto la *Receta* manda,
y verás como tu esposo
te reconoce y te ama,
que aunque bárbaro le juzgues,
él se humillará á tus plantas;
tanto vence la humildad,
cuanto la soberbia daña,
y en tu defensa estará
el que todo lo avasalla;
el que lo domina todo,
el que disimula y calla
las ofensas repetidas,
que comete quien le agravia,
á cuyo amparo y poder,
acudirás resignada.

F I N.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria, en donde
se hallarán otros diferentes.